

027. Séptimo Domingo de Pascua A - Juan 17,1-11

¡Cuántas y cuántas veces se ha repetido la anécdota de Napoleón, preso y desterrado en la isla de Santa Elena, acerca de Jesucristo! Entabla conversación con uno de sus generales:

- *¿Qué piensa usted de Jesucristo?*

- *¡Oh! Yo no me preocupo de semejantes cuestiones.*

- *¿Cómo? Fue usted bautizado en la Iglesia Católica, ¿y no le interesa Jesucristo?*

El general calla. Y prosigue Napoleón:

- *Estamos presos en esta roca que nos devora, ¿y no es capaz usted de decirme quién era Jesucristo? Pues, ya se lo diré yo. Mire a todos los grandes hombres de la Historia. Todos han pasado, y no queda de ellos nada. Mire usted mi vida: he conquistado casi toda Europa, he sido admirado, he sido querido y también he sido odiado. Y vea lo que queda de mí ahora, condenado a morir en el destierro de esta isla perdida en el océano. ¡Créame, mi general! Conozco a los hombres, y yo le puedo asegurar a usted que Jesucristo era algo más que hombre.*

¿Quién era y quién es Jesucristo?

Enternece el Evangelio de este Domingo. Jesús ha acabado aquella conversación con sus apóstoles en la Última Cena, y ahora eleva los ojos al cielo, se emociona, y le dice a su Padre:

- *¡Padre, ha llegado la hora! Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Tú le has dado poder sobre todos los hombres, para que a todos les dé la vida eterna.*

Jesús se declara con estas palabras Hijo de Dios y Dios como el Padre.

Y se reconoce también como el dueño y Señor de todo el universo, pero no para dominarlo como dictador, sino para salvarlo dándole la vida inmortal. Pero, ¿cuál es esta vida eterna? Ahora prosigue Jesús con unas palabras que no nos cansamos de meditar:

- *Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a aquél a quien tú has enviado, Jesucristo.*

Nos vamos a quedar sólo con estas palabras tan profundas, tan bellas.

Cuando habla Jesús de *conocer*, hay que dar a este verbo el sentido que tiene en la Biblia. No se trata de *amontonar conocimientos* acerca de Dios. Se trata de *conocer profundamente*, con todo el sentimiento, con todo el amor, como se conocen, se aman y se dan dos amantes.

Aquí se trata de saber quién es Dios y quién es Jesucristo.

Aquí se trata de amar al Padre y a Jesucristo con todo el corazón y con todas las fuerzas.

Aquí se trata, finalmente, de darse a Dios nuestro Padre y a nuestro Señor Jesucristo sin medirnos en nuestra entrega, porque no tenemos más ilusión que Dios, de quien venimos y a quien vamos, para engolfarnos en su vida y en su gloria para siempre...

Todo esto va a ser obra del Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, que se nos da para que conozcamos lo más íntimo de Dios y para que le amemos con fuerza divina.

Este conocimiento lo adquirimos de muchas maneras.

Es, ante todo, un don del Espíritu Santo. Y, entonces, ya se ve que el medio mejor para conseguirlo es la oración.

Quien ora, quien reza continuamente, llega a saber más cosas de Dios que los profesores más afamados.

Hay quienes presumen de un título en Teología. Pero, ¿son por eso los mayores conocedores de Dios?... El Papa Juan Pablo I, en una de las catequesis tan encantadoras que nos dictó en los cortos días de su pontificado, dijo una vez:

- *Teólogo no es sólo aquel que habla de Dios, sino también el que habla a Dios. ¿Y cuántos de los teólogos hablan con Dios y nos ayudan a hablar con Él?*

¿Quiere decir esto que el estudio sobre Dios no sea importante? No; no quiere decir eso, sino que es mucho más importante el trato continuo con Dios y con Jesucristo en la oración.

Metidos en la vida de cada día, en nuestro trabajo, y hablando con tantos compañeros y compañeras que no han estudiado de modo especial, nos pasmamos a veces al ver la experiencia de Dios que tienen esos amigos. Aunque los dones de Dios no nos pueden dar envidia, estos grandes conocedores de Dios nos causan envidia verdadera, envidia la más santa.... Saben y sienten cosas muy altas que el Espíritu Santo les comunica en la oración. Y todo ese conocimiento profundo de los misterios de Dios les viene del trato íntimo que mantienen con el Señor.

La lectura continua de la Biblia, sobre todo de los Evangelios, nos hace conocer de modo especial a Jesucristo y a Dios. Cuando tomamos la Sagrada Escritura con fe y amor, entramos en coloquio con Jesucristo, y entonces sentimos lo mismo que los dos de Emaús: *¿No es cierto que nuestro corazón ardía mientras él nos explicaba las Escrituras?...*

¡Señor Jesús!

Haz que te conozcamos profundamente, a ti y al Padre.

Para eso nos has dado tu Espíritu Santo. Los hombres suspiramos por la vida, por una vida feliz, por una vida larga... Y Tú nos ofreces todo con tu vida divina: aquí, la de la Gracia; más allá, la Gloria. ¡La vida eterna!...

